



»y se trabajará despues hasta el fin de la tarde; y si la pobreza del lugar, la necesidad ó la recoleccion de los frutos tiene á los hermanos constantemente ocupados, no les cause pena, porque los verdaderos monjes viven del trabajo de sus manos, como lo hicieron los Padres y los apóstoles; pero háganse todas las cosas con medida por consideracion á los débiles.

»Desde principios de Octubre hasta la Cuaresma, ocúpense en la lectura hasta la hora segunda, cuando se canta la tercia, y luégo hasta la nona dedíquese cada uno á lo que le esté ordenado; al primer toque de nona todos abandonarán el trabajo, y se dispondrán para cuando suene elsegundo toque. Despues de la colacion leerán ó rezarán salmos.

»Mientras los hermanos se hallen ocupados en la lectura, vigilarán dos ó tres ancianos para que ninguno se entregue al sueño ni á la conversacion distraiendo á los demas, sin beneficio para sí mismo; si se encontráre alguno de esta suerte, se le debe reprender una ó dos veces, y si no se enmendáre, sométasele á la correccion de la regla, para escarmiento de los demas. Los domingos todos atenderán á la lectura, excepto los elegidos para las diversas funciones. Á aquel que negligente ó perezoso no quiera ó no pueda meditar ó leer, se le señalará algun trabajo para que no perezque en el ocio. Tenga el abad consideracion con los débiles.»

Ésta era su ocupacion desde la mañana hasta la noche; y cumpliendo tales obligaciones cultivaron los monjes las tierras contiguas á sus monasterios, secando los pantanos, desmontando el terreno y conservando los buenos métodos de agricultura. Siendo objeto comun la prosperidad de ésta, y trasmitiéndose á los sucesores el cuidado de hacerla florecer, podian ejecutarse obras para las cuales no bastaban la vida ni los medios de un propietario; por eso notaba uno que se aproximaba á un monasterio cuando veia campos bien cultivados, espalderas de vides, plantíos de árboles frutales y arroyos artísticamente conducidos. Sus tierras estaban exentas de contribuciones; no hallándose administradas por la codicia del particular, ofre-

cian más ventaja al colono, de tal manera que se consideraba como un privilegio el entrar al servicio de un monasterio. Despues los monjes, cuando abandonaron el azadon, copiaron libros, y á ellos debemos la conservacion de los clásicos; y luégo alzaron magníficos claustros, donde se refugiaron las artes y la literatura, y hácia los cuales el siglo vuelve admirado la vista despues de haber olvidado cuánto favorecieron al vulgo.

El gobierno de estos monasterios era electivo, porque el abad era escogido entre los hermanos y por ellos; pero una vez nombrado, adquiria un poder absoluto, si bien tenia obligacion de consultar el dictámen de los hermanos en los casos más graves. La nueva virtud introducida en la sociedad por aquel precepto del Evangelio *obedeced á vuestros jefes*, fué llevada por las congregaciones religiosas hasta la más absoluta y pasiva sujecion. «El hermano á quien le fuere mandada una cosa difícil ó imposible, recibirá la orden con dulzura y docilidad. Si ve que sus fuerzas no alcanzan á ejecutarla, expóngalo con decoro y sumision, no envaneciéndose, no oponiendo obstáculos ni contradiciendo; y si viere que á pesar de sus observaciones el prior persiste, sepa que así debe ser, y obedezca confiando en el Señor» (C. LXVIII).

De aquí se seguia la absoluta abnegacion de la propia voluntad y aun de la personalidad, pues la regla decia que el hermano «no podia disponer ni de la voluntad ni del cuerpo» (LXXXIII). El abad, pues, mandaba, castigaba, premiaba, cambiaba de lugar y destino, ponía término á los litigios, y suspendia de la comunión á los obstinados. No era sin embargo un tirano, aun cuando todo se hiciese en señal de obediencia, porque se encontraba ligado por las constituciones del monasterio y por las costumbres trasmitidas de memoria ó por escrito, las cuales se consultaban á cada duda, y determinaban las particularidades más minuciosas de la vida, como el vestir, la hora de afeitarse ó lavarse, los dias en que se habia de añadir á las legumbres y á las habas el condimento de aceites ó de manteca, ó aquellos en que se podia animar la frugal comida



con huevos, pescados y fruta. Á los desobedientes por primera vez se les amonestaba; despues se les imponia la correccion en público, y á la tercera vez la excomunion, ó sea el aislamiento en el trabajo y en la oracion; á los más pertinaces se les condenaba á ayunar, y tambien á penas corporales, y por último se les expulsaba.

El cambio más señalado que introdujo Benito en la vida monacal fué la perpetuidad de los votos solemnes. Para hacerlos era necesario saber lo que iba á prometerse; y en consecuencia sufrían un año de noviciado, durante el cual se leia al novicio muchas veces la regla, á fin de saber si se hallaba con voluntad y fuerzas para cumplir las obligaciones que imponia. Sometíase á los novicios á aquellas mortificaciones, á aquellos trabajosos experimentos, que llegaron á ser despues inútiles y pueriles, y cuya narracion ha formado el entretenimiento y la admiracion de nuestra niñez; pero nada parecia demasiado para obtener el triunfo del espíritu sobre la materia, y la verdadera libertad que consiste en dominar las pasiones.

Al traves de la severidad de la disciplina general traspasa en esta regla cierta moderacion, cierta dulzura y buen juicio, que suple á lo que un siglo más culto puede echar de ménos en ella. La manera de vestir era conforme á lo que se acostumbraba en el país, y para estar prontos al toque de maitines, no se quitaban el hábito ni aun de noche, y sólo dejaban el cuchillo. Los monjes eran legos; Benito mismo se abstuvo de recibir las órdenes y decia en su regla: «si algun clérigo pretendiere entrar monje no se le otorgue fácilmente su petición; y si persiste, obligúesele á la disciplina sin dispensa alguna.»

Aquella regla en suma era un compendio y una aplicacion del cristianismo, de las instituciones de los Santos Padres, y de los consejos de perfeccion. En ella resplandecen la prudencia y la sencillez; el valor y la humildad, la severidad y la dulzura, la libertad y la dependencia; y todo fundado en la abnegacion, la obediencia y el trabajo. Cosme de Médicis y otros legisladores tenían siempre en la mano

la regla de San Benito, porque en ella la vista experimentada descubre los secretos de la verdadera economía política; en ella la satisfaccion de las necesidades del alma se halla perfectamente armonizada en todos los grados con la actividad que ha menester el cuerpo; en ella se abren asilos á los grandes pensamientos, á los grandes dolores y á los grandes remordimientos; en ella, en fin, la indigencia voluntaria ocupa un término medio entre el orgullo implacable de la riqueza y la estúpida desesperacion de la miseria.

Cuéntase que atravesando Totila la Campaña en són de guerra, quiso ver á San Benito, y para averiguar si verdaderamente estaba dotado de espíritu profético, vistió á un escudero con su traje, y se colocó indistintamente entre el acompañamiento; pero el santo le conoció, y dirigiéndose á él lo reprendió por la crueldad que usaba, y le predijo su inmediato fin, intimándole que se preparase á él con obras de penitencia y reparacion. Este y otros muchos hechos se nos han trasmitido por insignes historiadores que (no pequeña fortuna) produjo la orden de San Benito, á saber, Gregorio Magno entónces, y despues Mabillon. Las bellas artes en el renacimiento, y despues en su mayor esplendor los reprodujeron y perpetuaron por todo el mundo; pero en ningun lugar son más patéticas sus representaciones que en Monte Casino, cuna y asilo el más venerado de su orden.

Allí, el aspecto de la fortaleza dado al convento, que muchas veces se vió obligado á rechazar las incursiones, y otras muchas no logró rechazarlas; la extension de las posesiones, atestiguada por los títulos escritos en los restos de la antigüedad allí reunidos de todas partes; la esplendidez del edificio, adornado de lo más excelente que producen el pincel y el buril; la memoria de los doctos que en los siglos más oscuros encontraron en él refugio, y la abundante coleccion de documentos y de libros, se unen y armonizan de una manera admirable con la primitiva humildad de la celda del santo, y con el pobre sepulcro en donde durmió hasta que la furia sarracena turbó sus huesos; y el que sube á visitar este convento



entre admirado, curioso y devoto, puede leer en él toda la historia de la orden, la cual señala en gran parte los pasos de la civilización. La encina á cuya sombra administraba justicia Luis el Santo de Francia, no me conmovió más que el plátano en el claustro de San Severino en Nápoles, á cuya sombra es fama que rezaba Benito las salmodias y predicaba á los nuevos prosélitos, y entre cuyas ramas añosas han echado raíces dos higueras, así como otras órdenes nacieron en cada siglo y país de la que él había instituido.

Más austera fué la regla que estableció San Columbano. El monje, decía, ha de vivir bajo la disciplina de uno solo y en la compañía de muchos, para aprender del uno la humildad, y de los otros la paciencia. Debiéndose progresar cada día, todos los días se debe orar, leer y trabajar. La comida ha de ser frugal y ha de hacerse por la tarde. No sólo es reprehensible poseer cosas supérfluas, sino también el desearlas. El monje no debe buscar la cama sino abrumado de cansancio, y se ha de levantar antes de habersatisfecho completamente el sueño. No debe juzgar las decisiones de los ancianos, pues está obligado á obedecer, según el dicho de Moisés: *Oye, Israel, y calla.*

En cuanto á lo exterior, habiéndose aumentado el número y la influencia de los monjes, excitaron la vigilancia de los obispos, quienes viendo que los podían tener como excelentes auxiliares ó rivales poderosos, cercenaron aquella independencia, que era el carácter de su estado, y fueron uniéndolos á la sociedad eclesiástica. El concilio de Calcedonia decía: «Los que segura y realmente han abrazado la vida monástica, tengan el honor que corresponde; pero en atención á que algunos, bajo la apariencia y el nombre de monjes, trastornan los negocios civiles y eclesiásticos, recorriendo al azar las ciudades, é intentando también instituir monasterios por sí mismos, es nuestra voluntad que ninguno pueda fabricar ó fundar casa ú oratorio sin consentimiento del obispo de la ciudad; y que los monjes, en las ciudades y en el campo, vivan sometidos al obispo, amen la quietud, se entreguen al ayuno y á la oración, y permanezcan en el sitio

»en que renunciaron al siglo, sin mezclarse en los negocios eclesiásticos ni civiles, ni apartarse de los monasterios, á no ser que se lo mandare el obispo de la ciudad para alguna obra necesaria.» (Can. IV.)

Así les fué mutilada su libertad, y los concilios sucesivos dieron á los obispos la inspección sobre los abades, sobre sus congregaciones, la disciplina y la fundación de nuevos monasterios. Aumentándose su número, los mismos monjes pidieron privilegios, que se convirtieron también en trabas. Quisieron, por ejemplo, tener iglesia en el monasterio para no estar obligados á ir á la parroquia, y á tal fin tuvieron que admitir sacerdotes, unidos con el obispo, y extraños al espíritu de la congregación.

Cayeron en mayor dependencia cuando los mismos monjes ambicionaron entrar en el clero, y después de algunos obstáculos, los proclamó Bonifacio IV *más que idóneos* para cualquier función eclesiástica. Con esto entraron á participar del poder y de los privilegios clericales, pero en cambio se afirmó la autoridad de los obispos sobre los monasterios.

Á veces se quejaron de la tiranía episcopal á los concilios; buscaron también defensa en las antiguas formas; nunca dejaron que sus posesiones se confundiesen con las administradas por el obispo, conservando cada comunidad la administración separada de las suyas; y en ocasiones se opusieron hasta con la fuerza á recibir al obispo, ó rechazaron con las armas á sus mensajeros. El obispo los excomulgaba; y por tanto para terminar esta lucha vergonzosa, se celebraron convenios, en virtud de los cuales cedieron una parte de sus bienes para gozar con seguridad del resto, y recibieron inmunidad para ordenar á los sacerdotes y otros privilegios. Con arreglo á estos pactos se extendieron verdaderas escrituras de franquicia: pero como se faltaba á ellas frecuentemente, los monjes pidieron la garantía de los reyes, por ser los que habían fundado los monasterios, y la obtuvieron mediante un censo anual, y la obligación de suministrar milicias. Los obispos procuraron eludir tales protecciones, y á este fin creyeron que el medio más eficaz se-



ría erigirse ellos mismos en abades de los monasterios. Sin embargo entónces no se pensaba en emancipar totalmente á los monasterios de la jurisdicción episcopal, y sólo en tiempos posteriores realizaron los papas este pensamiento.

El que estudia la marcha de la civilización no debe despreciar estos ensayos de tiranía y de emancipación, que después se presentan bajo un aspecto más extenso en los municipios y en los reinos. En suma, los conventos contra lo que hoy nos figuramos, se convirtieron en centros de actividad y en asilos de la libertad. Se dice que *los monjes eran probablemente brazos arrancados al trabajo*. Probablemente eran brazos, digo yo, arrancados al delito y al asesinato, y debe parecer ya gran cosa encadenar las pasiones y extinguir el vicio en tiempos en que no había cárceles, presidios, policía ni ese aparato de los pueblos cultos, no creyéndose necesario que el gobierno interviniese en todo y por todo. El mundo no tenía asilos, no tenía unión ni seguridad: ¿dónde pues se había de vivir en compañía de otros, dónde discutir tranquilamente, dónde meditar sobre sí mismo, y sobre los demás? ¿á satisfacer estas necesidades se presentaban los monasterios ofreciendo una vida toda social, toda activa, para desarrollar el entendimiento, propagar las ideas, discutir, meditar é instruir. Mientras que en todas partes reinaban la arrogancia y las espadas, cada monasterio conservaba cuidadosamente una constitución suya particular, y elegía sus superiores y oficiales, sin que se lo estorbasen los reyes ni los barones; muchos aspiraban á tener parte en estas comunidades, sin ligarse enteramente á ellas como los extranjeros invocaban antiguamente el derecho de ciudadanía en Roma, y aldeanos y señores se ofrecían al convento (*oblato*), haciéndose inscribir en el catálogo de los monjes, para participar de sus preces en la vida espiritual, y de sus privilegios en la temporal, y disponiendo que á su muerte se les vistiese con el hábito de aquella orden, y se les sepultase en la iglesia ó el cementerio de los monjes.

Separados éstos del mundo, parecía que no tenían otros abuelos más que los antecesores,

ni otro deseo más que los aumentos del convento y de la orden. Muchos se empobrecieron y empobrecieron á sus parientes para enriquecer á su comunidad: conservaban las escrituras de donación con mayor cuidado que los municipios sus cartas de privilegio; llegaron en ocasiones hasta el punto de fingirlas, y el que ponía en duda la legitimidad de una posesión, era considerado como sacrilego y enemigo de los pobres y de Cristo.

Además de los bienes, todo convento se proporcionaba un santo venerado: tesoro espiritual y temporal á la vez. La gente devota acudía á venerarlo, y áun pudiera casi decir á adorarlo; cada cual le ofrecía según sus facultades; cada testamento contenía un legado para el alumbrado, luego en los días de la fiesta, el concurso de gente atraía á los mercaderes, y se formaba una feria en el recinto sagrado, segura de los ataques de los bandidos y de los ultrajes del barón. El santo representaba en cierto modo la comunidad, y los daños causados á ésta se consideraban como sacrilegios contra aquél.

Luego que el monasterio se enriquecía, aspiraba también á hermosearse, y las artes asustadas del grito de la barbarie y del insulto ignorante, se refugiaban entre los monjes para erigir iglesias ó escribir la historia de las virtudes y martirios del patrono.

En tanto el individuo se conservaba pobre; en la mesa no veía delicadezas más que cuando era convidado algún grande ó prelado: nada podía llamar suyo; hasta se disputaba si era propiedad de cada uno el pan que comía, y el haberse encontrado después de muerto á un monje de Flavigny dos sueños ocultos debajo del sobaco, produjo un grave escándalo que le privó por esto de la sepultura sagrada.

Mientras que en todas partes había gran confusión de oficios y de jurisdicción, en los conventos reinaba el orden, estando determinado quién había de mandar y quién obedecer, quién copiar libros, quién predicar, quién cuidar del granero, de la vendimia, de la cocina, de recoger á los peregrinos y visitar á los enfermos, quién de cantar salmos y quién de dirigir la enseñanza. Aun cuando la regla de



San Benito propendía á fortificar las almas con la oracion, el trabajo y la soledad, más bien que á la ciencia divina y al apostolado, los papas encontraron en ella los misioneros más fervorosos, y la ciencia un asilo; de manera que correspondió á los benedictinos la triple gloria de convertir la Europa al cristianismo, cultivar sus desiertos y conservar y reanimar su literatura. Entre esos que se llaman ociosos perezosos, un monje proclamó el movimiento de la tierra; otro para medir las horas canónicas inventó el reloj; otro á fuerza de groseros experimentos descubrió la pólvora, y otros introdujeron los primeros molinos de viento. El abad de Nonantola enviaba cada año á las monjas de San Miguel Arcángel, en Florencia, doce criadas con lino y lana para que les enseñasen á tejer. Los humillados de Milan llegaron á ser la compañía más traficante en lana y paños. Los monjes de San Benito Polirone, junto á Mantua, ocupaban más de tres mil pares de bueyes en las labores de los campos. El pastor San Benezeto recibió en un éxtasis la orden de fabricar un puente en Aviñon: el obispo no lo quiso creer, pero él levantó por sí sólo una enorme piedra, y entonces se llevó á cabo la obra, y se instituyó una congregacion de hermanos pontífices. En otra ocasion, debiéndose concluir una muralla al rededor de una iglesia, para defenderla de las correrías, y hallándose los aldeanos abrumados de fatiga, se encontraron á la mañana siguiente con las piedras más gruesas trasladadas ya de gran distancia y colocadas en los cimientos.

Y las paredes de una iglesia ó las tapias de un monasterio eran la salvaguardia de los pueblos vecinos, así como sus dotaciones eran el pan de los pobres. Lo que el adeano daba al señor era un deber sin recompensa: el sueldo

ó la gavilla del grano que ofrecia espontáneamente al clero, se le restituía con usura, áun prescindiendo de las pequeñas atenciones, los consuelos del corazon, que no se pagan con ningun dinero. Mientras la guerra abrasaba los campos, y dos señores, uno peor que el otro, se disputaban sus tierras, ¿qué consuelo debian experimentar el aldeano y el caminante al observar la tranquilidad de los monasterios, y al pensar que allí encontraría sin falta un asilo, y la paz, que los guerreros no sabian asegurar á los castillos! Siempre estaba dispuesta una sopa para todo el que la pidiese, caridad cuya prudencia es incuestionable en un siglo de arrogancias y homicidios. ¡Cuántos de nuestros padres, despojados de toda riqueza, no habrán vivido más que del mendrugo concedido por el monasterio en nombre de Dios! Las declamaciones fáciles de una ciencia sin entrañas contra la avaricia de lo frailes y del clero, enmudecen ante los gemidos ó aullidos del pauperismo, siempre creciente en nuestra época, y áun más donde es menor el espíritu cristiano, y mayor la separacion entre la caridad y la política.

Lisonjeados por aquella seguridad, acudian artesanos y campesinos, y pronto se formaba al rededor del convento una aldea, que frecuentemente llegaba á ser ciudad. Allí se retiraban tambien los que se habian desengañado de las grandezas mundanas, ó que habian sido rechazados de ellas; viudas que habian perdido con sus maridos el brillo de su dignidad, esposas burladas ó rechazadas, mujeres de mala vida, que volvian á vivir honradamente, y doctos desengañados, y todos llevando el tributo de sus riquezas, de su doctrina, de sus afectos ó de sus virtudes.

CAPÍTULO XXI

Los papas.

Dirigia este gran movimiento Roma católica, no con la aparente y forzada unidad de la Roma pagana, sino con el influjo de la persuasion que penetra en las almas y somete las voluntades. Así como en nuestros dias hemos visto á los frailes de España y del Tirol conservar las relaciones é inteligencias entre los naturales rebelados contra los invasores, del mismo modo el clero en aquel tiempo hacia de Roma el centro de los esfuerzos comunes: y Roma, con el arte que admirablemente posee de esperar, afirmaba aquel poder que protegió la libertad de Europa contra los bárbaros, la libertad del saber humano contra las adulaciones cortesanas y la arrogancia guerrera, la santidad del matrimonio contra los adulterios regios, y las constituciones de los reinos contra los usurpadores y los tiranos.

Á la muerte de Simplicio, no se halló vacante la sede más que seis dias, en los cuales Basilio, prefecto del Pretorio, á nombre de Odoacro, se presentó á la asamblea del clero y de los magistrados, diciendo: «¿Os acordais que nuestro bienaventurado papa Simplicio recomendó que para evitar tumultos no hicieseis eleccion sin nuestro parecer? Nos admira, pues, que se haya emprendido nada sin darnos cuenta. En seguida prohibió que los futuros obispos pudiesen enajenar cosa ninguna heredada de los ornamentos ó vasos sagrados de la Iglesia.

Recayó la eleccion en el romano Félix, el cual informó de su nombramiento al emperador, exhortándolo á perseverar en la verdadera fe. Quedan de él várias cartas, y una historia de los monofisitas, titulada: *Gesta de nomine Acacii, seu breviarum historia Eutychianorum*.

El africano Gelasio que le sucedió escribió himnos y prefacios, y tratados acerca de las cuestiones que se agitaban entonces, y uno contra el senador Andrómaco y otros romanos, los cuales querian restablecer las fiestas lupercales, bajo el pretexto de que se multiplicaban las enfermedades desde que no se aplacaba al dios Febrero. Caritativo, ajeno al fausto y á los placeres, estableció la ordenacion en las cuatro témporas: pero persiguió la memoria de Acacio de Constantinopla, ya muerto, hasta el punto de negar la comunión á los que se incomodaban porque se le habia condenado: rigor que produjo un cisma. Distinguió en un concilio los libros canónicos de los apócrifos, y definió como ecuménicos los cuatro concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, y los escritores á quienes competía el título de Padres de la Iglesia.

El romano Anastasio ocupó la sede dos años, consolado por la conversion de Clodoveo. Aun cuando ninguna gran herejía agitaba por entonces la Iglesia, por los restos de las anteriores rechazaban algunos el concilio de Calcedonia, y provenian de esto cismas, especialmente en